

la otra orilla the other shore

#03

artículo article

texto: rafa rivera/javi rivera (arquitectos)



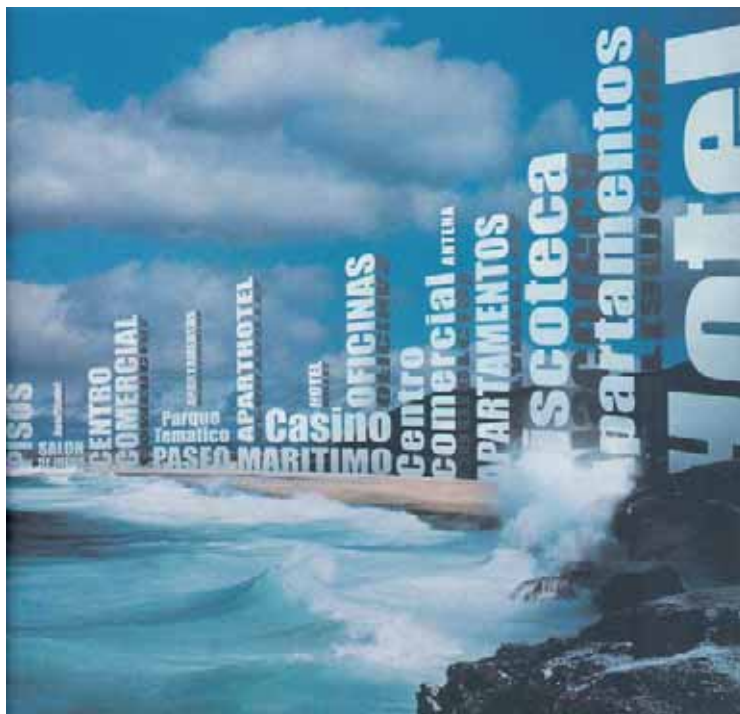
La orilla es un concepto poético, en el que se unen dos mundos, siempre dos mundos. La orilla de la falda, lo orilla de la boca, la orilla del mar. Sin embargo, cuando hablamos de que alguien está en la otra orilla, aparece como un enemigo con ideas opuestas.

Nuestra península es rica en orillas, unos 7.000 Km. de costa en todo el estado y 518 en la Comunidad Valenciana. Y esa orilla siempre ha sido vehículo de cultura, de riqueza, de intercambio, incluso de invasiones, con un mar Mediterráneo que aportaba un común denominador para todos los pueblos de sus múltiples orillas, desde oriente hasta occidente. Un mar mítico, con noches mágicas de fuego y luna, música y danza, pies descalzos y brisa de madrugada.

Ante este bagaje, en los últimos años, el mal llamado progreso ha desarrollado su miopía más aguda, su afán depredador y usurero más exigente. La orilla, donde el mar y la tierra se confundían ayer, se ha poblado de hormigón y negocio con el beneplácito del poder que ha permitido su destroza minuciosa e insistente, convirtiendo la orilla en muralla, en frontera pétreo y, vanagloriándose de ello, pretende denomi-

narla progreso, bonanza económica, turismo que enriquece y toda una lista de trucos lingüísticos que tratan de enmascarar la compraventa de valores colectivos que traen beneficios cuantiosos para pocos y desconuelo para muchos.

El Mediterráneo, repetidamente contaminado, está más cerca del mar Muerto que de cualquier otro mar; los puertos multiplicados y ampliados sin considerar el medio natural, alteran el perfil del litoral produciendo



do desajustes irreversibles; las edificaciones colmatan la orilla, modifican el régimen de los vientos, ahogan las poblaciones del interior y añaden vertidos y más vertidos, propagando una literal e irónica “destrucción a

toda costa”. Incluso una isla humilde y emblemática como Tabarca, está sucumbiendo a la avaricia y a la caja registradora de los poderosos.

Desde la otra orilla parece imprescindible pararse, como primera medida, a reflexionar. Criticar un modelo turístico que, en su afán por poseerlo, elimina el objeto de deseo, el paisaje. Racionalizar las actuaciones y concebir la orilla, nuestra orilla, como una unidad paisajística, cultural y ecológica, que tiene sentido en sí misma, más allá de límites administrativos y al margen de las plusvalías y las propiedades. Un valor que forma parte de un patrimonio colectivo que es imprescindible poner a salvo.

Sin ese valor, sin la orilla, seremos un pueblo a medias, amputado, que mirará con nostalgia el pasado y se avergonzará de no haber sabido defender el futuro, ni siquiera el presente.

The shore is a poetic concept, in which two worlds unite, always two worlds, like water and land. Still, when we speak of somebody being on the other shore [side], it seems we refer to an enemy with opposing ideas.

Our peninsula is rich in shores, it has 5.000 km of coast around the entire country and 400 in the community of Valencia. And this shore has always been a vehicle for culture, for wealth, for interchange, even for invasions, with a Mediterranean Sea that used to form a common denominator, from east to west, for the villages of its multiple shores. It is a mythical sea, with nights filled with fire and moon, music and dance, barefooted feet and an early morning breeze.

Facing this, the evil called progress has developed its most accurate myopia, its robbing greed and most demanding usury. The shore, where yesterday sea and land were one, has

been populated by concrete and commerce with authorisation by the powerful, who have allowed its minute and insistent destruction, through this converting the shore into a wall, a stony border. Vaingloriously they try to call this progress, economic bonanza, wealth bringing tourism and a whole list of linguistic tricks more, trying to mask the buying-and-selling of collective values which brings numerous benefits to a few and disconsolation to many.

The Mediterranean, repeatedly contaminated, is closer to the Dead Sea than to any other sea; the ports having been amplified without consideration to the natural environment, altering the coasts profile and producing irreversible disorder; the buildings crowding the shore, changing the prevailing winds, asphyxiating the populations inland and adding more and more waste dumps. Even an island as humble and emblematic

as Tabarca is succumbing to the avarice and the registry counter of the powerful.

Seen from the other shore, it seems essential to stop, as the first step, and to think. To criticize a tourist model which, in its greed to possess it, eliminates the object it craves, the landscape. To rationalize the deeds and to comprehend the shore, our shore, as a landscape, cultural and ecological unity, which makes sense by itself, further than by the administrative limits and as the margin of added value and property. It is a value which forms part of our collective patrimony, the saving of which is indispensable.

Without this value, without the shore, we will be an average, amputated people, who will look back on its past with nostalgia, ashamed of not having known how to defend the future, nor even the present.